

El Socialismo del Siglo XXI: ¿Una nueva o vieja alternativa para una América Latina globalizada?

Fabián González-Ramírez
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional de Costa Rica
Recibido 1/05/2014 • Aprobado 30/06/2014

Tan idealista sería querer construir el socialismo imaginando al dinero corriendo como loco detrás del hombre, como absurdo, y puede decirse que antimarxista sería concebir al hombre corriendo como loco detrás del dinero [...] El revolucionario tiene un concepto mucho más elevado el hombre, ve al hombre no como una bestia, considera al hombre capaz de formas superiores de vida, formas superiores de conducta, formas superiores de estímulos. El revolucionario cree en el hombre, cree en los seres humanos. Y si no se cree en el ser humano, no se es revolucionario.

Fidel Castro

Discurso pronunciado el 24 de julio de 1965, durante una condecoración a trabajadores de la zafra



Resumen

En este ensayo pretendo hacer una reflexión sobre una interrogante cuya respuesta aún resulta lejana y complicada: ¿puede constituir el Socialismo del Siglo XXI una nueva y viable alternativa latinoamericana ante el contexto de la globalización? Para ello se analizan diversas posturas teóricas y se enfoca, en los nuevos movimientos sociales, una alternativa del Sur Global.

Palabras claves: América Latina, Socialismo Siglo XXI, globalización, nuevos movimientos sociales, Temas de Nuestra América

Abstract

This essay aims to discuss whether the 21st. Century Socialism approach can be a new and feasible option for Latin America in the context of globalization. Such question lays answers that are still distant and complicated but this end various theoretical positions are discussed focusing on the New Social Movements, as an alternative of the Global South.

Keywords: Latin America, 21st. Century Socialism, globalization, New Social Movements, Temas de Nuestra América

Introducción

Al hacer una contextualización, es un hecho que la década de 1970 fue económicamente crítica. Los precios internacionales del petróleo aumentaron de manera precipitada, debido a las decisiones de los países árabes miembros de la OPEP para implementar una estrategia de revalorización del crudo, así como la negativa de exportación a los países que apoyaron a Israel durante la Guerra de Yom Kippur.

Más adelante, para 1982, la mayoría de los países latinoamericanos sufrieron una fuerte crisis, conocida genéricamente como la crisis de la deuda externa. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) recomendaron a las naciones deudoras que a cambio de la posibilidad de acceder a más créditos —lo cual ocasionó el aumento de la brecha de dicha deuda— debían emprender una serie de ajustes estructurales a sus organizaciones económicas. América Latina no escapó de este contexto, puesto que las administraciones de entonces decidieron reducir el aparato estatal, asumir una política de des-regulación de los precios y, en general, recortar el

presupuesto para el gasto público. En otras palabras, los ajustes estructurales fueron las medidas con las cuales comenzó a desbaratarse el modelo desarrollista y socialdemócrata que, en alguna medida, los Estados practicaron desde por lo menos el decenio de 1950.

La década de 1990 constituyó una coyuntura de descomposición para la izquierda internacional. En efecto, la implementación de los ajustes neoliberales sobre las economías “desarrollistas” y países deudores de América Latina repercutió —en detrimento— política e ideológicamente en las agrupaciones y organizaciones de izquierdistas. Mientras algunos académicos pregonaron el fin de la historia, puesto que el capitalismo venció al comunismo y la lucha de clases terminó y ya no constituye, desde esta óptica, el motor de la historia, como afirmaban Marx y los marxistas.

En la Unión Soviética se anunció la reestructuración —o *perestroika*— y el *glasnost*, que dio paso a la caída del Muro de Berlín, incluidos los bloques socialistas de Europa del Este.

Fue, también, una coyuntura estrepitosa para la Revolución Cubana que debió enfrentar un bloqueo económico y la entrada a un período e agravamiento económico denominado por el gobierno cubano como *período especial*.



Los partidos de izquierda que se inspiraban con la Cuba socialista como un ejemplo y estandarte de lucha antiimperialista, sufrieron una gran recaída. Además, al parecer, no consiguieron, o no quisieron, impedir el avance de su propia fragmentación partidaria, en medio de una crisis económica que se pretendió solucionar con la panacea de la apertura comercial.

En suma, las últimas tres décadas del siglo XX se enmarcan en coyunturas críticas para la izquierda internacional. Sin embargo, no se entiende este período como sinónimo apocalíptico de total decadencia sino como contexto que encerró factores de contradicción, desorganización y desunión en una izquierda heterogénea que, a decir verdad, no supo de manera clara cómo construir la sociedad idílica que anhelaba, ni con qué proyecto efectivo lograr alcanzarla.

Ahora bien, lejos de reproducir discursos que imbuidos de peligrosos triunfalismos de los sectores sociales derechistas, argumentaron sin efecto que el proyecto histórico socialista había fracasado irremediablemente, es preciso concentrarse en aquellos que, sin negar el fracaso del socialismo real—en lo personal, prefiero el término realmente existente—, procuran construir críticamente un aparato teórico que

pueda resultar útil para ejecución de un plan alternativo al neoliberalismo.

La bibliografía respecto al tema del Socialismo del Siglo XXI es abundante. Sobre todo, porque se trata de una temática en pleno debate debido a su significación y pertinencia en las agendas de vida que pretenden hacerle frente al imperialismo del capital financiero al que eufemísticamente llaman globalización.

Así pues, tomando en cuenta lo anterior, en este ensayo pretendo hacer una reflexión sobre una interrogante cuya respuesta aún resulta lejana y complicada: ¿puede constituir el Socialismo del Siglo XXI una nueva alternativa latinoamericana ante el contexto de la globalización?

El Socialismo del Siglo XXI: debates y propuestas

Son abundantes los artículos que, desde una perspectiva que se pretende crítica, han abordado el tema del Socialismo del Siglo XXI como una época de parto de una nueva civilización.

Específicamente, la expresión remite a un enfoque desde las relaciones internacionales, que parte de la aceptación del conocido derrumbe la Unión Soviética, como la principal experiencia histórica socialista que se intentó llevar a cabo durante el siglo pasado.



Apartir de allí, se proponen perspectivas optimistas respecto a las posibilidades de construcción de proyectos de emancipación que contengan entre sus principales sustratos teóricos, la elaboración de agendas socialistas –marxistas y leninistas– acordes al contexto mundial actual. Así pues, entre estos estudios que enfatizan en argumentaciones globales, Aldo Díaz Lacayo (2007) advierte que, con el derrocamiento del “socialismo real”, la humanidad se halla en la encrucijada de regresar a la barbarie o –en el escenario de la lucha internacional– consentir en la realización de un salto cualitativo que evite el colapso a que nos conduce el unilateralismo imperialista de los Estados Unidos.

La unipolaridad, según este autor, eminente y estratégicamente militar, se contrapone a la emergencia de un multilateralismo sostenido desde el Sur Global. Se trata, en palabras de Díaz, de la batalla por instaurar un equilibrio geopolítico global que consiga contener la expansión del sistema capitalista y que, desde una perspectiva multipolar, se constituya en una plataforma de resistencia que priorice y busque el nacimiento de la nueva civilización. La unidad, en este sentido, de los denominados pueblos del Sur Global, –que en el discurso de Díaz aparecen casi como masas homogéneas, sin previa

caracterización– se torna ineludible si se anhela contrarrestar la hegemonía del modelo económico neoliberal impuesto por el Norte Global.

La disputa unitaria es la única táctica que eficientemente podría vencer al determinismo de la globalización, el cual ha sido utilizado como envoltura conceptual para justificar su implementación mediante el uso o la amenaza de la fuerza.

Sin embargo, la construcción de un bloque de fuerzas sociales que, desde el Sur, pueda hacerle frente al Estado-Universo o dictadura global de los Estados Unidos, encuentra su principal dificultad, precisamente, en la desarticulación que provocó la decadencia de la Unión Soviética.

Si, según Díaz, es cierto que algunos movimientos de izquierda en América Latina sobrevivieron a esta desplome y a la pérdida del referente político-ideológico que significó el socialismo real, dicha sobrevivencia fue “enclenque, desarticulada, más a nivel de individuos y de personalidades que de organización [...] Una normativa para conquistar el poder, organizar el Estado y transformar el mundo, cuestionada de pronto por los hechos”. (Díaz, 2007, p. 13).

Para aclarar aún más esta coyuntura crítica para la izquierda latinoamericana



y mundial, el autor enfatiza que la derrota de los soviéticos frente al paradigma neoliberal no fue la causa, sino la consecuencia de las ciegas posturas asumidas por los mismos partidos izquierdistas, los cuales no conocían o no querían conocer maneras distintas de concebir la organización contra el sistema capitalista mundial:

En efecto, las contradicciones antagónicas de clase, la violencia como único medio de superarlas y la dictadura del proletariado como único medio de conservar el poder, el partido único, la propiedad en todos los órdenes como patrimonio exclusivo del Estado, la programación y dirección centralizada de la economía en todos los sectores, la organización también centralizada de la sociedad, el marxismo-leninismo como ideología única y única verdad doctrinaria, el ateísmo, el escolasticismo, la cultura del realismo, la coerción en todas sus formas como coadyuvante de la institucionalización de estos y del resto de valores subsidiarios, entraron en crisis. (Díaz, 2007, p. 14)

Díaz concluye que las crisis de las pretendidas verdades únicas, lejos de convertirse en motivos pesimistas para renunciar a la consecución de alternativas a la globalización, deben funcionar como lecciones históricas tendientes a la reformulación de nuevos paradigmas para la emancipación.

Determinados sectores de los movimientos de izquierdas aún son incapaces de trascender las antiguas lealtades ideológicas con el socialismo real, de todos modos, la ausencia de los antiguos referentes obligaría a la búsqueda de agendas propias de organización, pensadas desde la misma América Latina. Aunque el autor no lo detalla, al menos menciona que en la actual coyuntura, en que la unilateralidad imperialista se asume como inmutable, es ineludible que el Sur Global incluya a nuevos sectores antes ignorados y desde siempre explotados y reprimidos por el poder.

Ello significa que los acuerdos y los consensos entre la “amplísima gama de múltiples actores que se reclaman socialistas, desde los gobiernos y los pueblos” (Díaz, 2007, p. 12), se conformen en los principales ejes de aglutinación, de denominador común contra la mencionada unilateralidad neoliberal.

Ahora bien, además de la incapacidad de los partidos comunistas y demás agrupaciones partidarias de izquierda para trascender los lineamientos que heredaron y/o calcaron de sus referentes no latinoamericanos –esto es, la Europa oriental y la extinta URSS–, pienso que la dificultad estructural se halla en la dependencia histórica –sea política, económica y



cultural— que aun arrastra América Latina en este siglo XXI.

Para emplear la terminología de Luis Paulino Vargas (2008), sería una posición errónea el obviar que las economías subdesarrolladas han sido históricamente extrovertidas en contraposición a otras, las economías de las potencias imperialistas, de características aut centradas. Por lo tanto, el eje de aglutinación, ese denominador común capaz de hermanar a los pueblos explotados de Nuestra América, más allá de las diversidades étnicas, sólo es posible mediante el reconocimiento de esta realidad: fuimos conquistados y, como tales, *nuestras* políticas económicas, culturales, sociales, etc., aunque permeadas de cierta originalidad, no escapan del condicionamiento de las lógicas eurocéntricas.

En otras palabras, reconocer que fuimos subyugados, pero con la clara convicción de que ese *pasado tan presente* en nuestros países, se puede tomar y moldear a nuestra conveniencia, siempre y cuando seamos conscientes de algunas limitaciones:

a) Europa occidental y los EE. UU. “incorporaron” cautivamente, a la fuerza, a las naciones latinoamericanas en el mercado mundial, condenándolas a una posición subalterna en la división internacional del trabajo;

b) existen burguesías complacientes que aceptan esta condición, ciertamente, neocolonial, y cuyo poder aún lo ejercen de manera hegemónica en las instituciones gubernamentales; c) los recursos naturales —mares, bosques, minas, tierras, etc.—, en su mayor parte, son propiedad —ya sea en la práctica o en la teoría— de transnacionales que, a su vez, determinan el curso de las políticas económicas nacionales.

Por estas razones, un Socialismo del Siglo XXI pensado desde Nuestra América, deberá incorporar en sus estrategias el objetivo de desprenderse radicalmente de estos tres procesos de dependencia que el neoliberalismo unilateral ha sabido, casi a la perfección, aprovechar. El reconocimiento de una historia de subyugación —voluntaria o no— es un factor de unificación para emprender un nuevo proyecto de emancipación.

Por otra parte, una posición respecto a la crítica hacia el triunfalismo ideológico del fin de la historia enarbolado por Francis Fukuyama, así como el reconocimiento de la hegemonía del capitalismo global imperante es esbozada por Omar Galíndez (2007). Según este autor, el nuevo socialismo deberá enfrentarse a una dirección del sistema mercantil predominante, cuyas instituciones visibles —Fondo Monetario



Internacional (FMI), Banco Mundial (BM) y Organización Mundial del Comercio (OMC)— descansan sobre un sistema militarizado —Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)— que impone sus criterios mediante la doctrina de la guerra preventiva o de las *intervenciones humanitarias*.

Este andamiaje geopolítico del capitalismo global, en sus palabras, es respaldado por los ideólogos neoliberales que, junto con sus socios postmodernistas —es decir, aquellos intelectuales adscritos a la doctrina del fin de la historia—, pretenden suplantarse el antagonismo de clases, niegan la crítica al capital transnacional y, con disquisiciones esotéricas y consensos antidemocráticos, “le hacen el juego a la Derecha [sic] y al capitalismo”. (Galíndez, 2007, p. 25)

Desde dicha óptica, un nuevo socialismo en el siglo XXI que anhele vencer las anteriores dificultades, debería, entonces, inspirarse en las tesis fundamentales del marxismo y del leninismo, siempre y cuando evite recaer en posiciones dogmáticas. Sustenta Galíndez que, lejos de negar los postulados clásicos de Marx y Lenin, sus pensamientos aun conservan las herramientas teóricas y prácticas válidas para la lucha del proletariado. El error equivaldría, más bien, a suponer que dichos

marcos conceptuales y empíricos puedan darse el lujo de obviar las realidades concretas, específicas, de los países de América Latina.

Ahora bien, pese a la diversidad de realidades, los nuevos movimientos de izquierda, bajo la crítica y autocrítica de las experiencias históricas del siglo XX, también deberían acordar que, en sus naciones, coexisten aún estructuras ideológicas e instituciones, tanto capitalistas como socialistas, generalizadas en el conjunto de la región.

Según Galíndez, dichas instituciones constituyen aparatos ideológicos heredados del siglo pasado que el Socialismo del Siglo XXI, si es que implica una verdadera novedad, deberá saber trascender. En primer lugar, la democracia formal, representativa, como parte integrante del metarrelato del liberalismo, no podría continuar constituyéndose como la garantía de una sociedad con pretensiones igualitarias. En este sentido, el ritual del sufragio, aunque generalmente “libre y directo”, no es más que un discurso que busca argumentar la supervivencia del actual modelo representativo. Por el contrario, “para los revolucionarios y los marxistas, la verdadera razón de la democracia estriba en el dominio y control de los medios [de producción] y condiciones de vida por los productores directos —campesinos y obreros—”. (Galíndez, 2007, p. 27)



En segunda instancia, afirma el autor que el cientificismo que promulgaba el “socialismo real” fue tan perjudicial para el proyecto de emancipación que, la reproducción de discursos acerca “verdades únicas” por cuanto “científicas”, acabó acercando “más al sistema que se suponía que el socialismo combatía” (Galíndez, 2007, p. 28).

En tercer lugar, el sistema de partido único, que bajo el principio de “centralismo democrático”, orientó la organización de los trabajadores, terminó convirtiéndose en una amalgama burocrática que, paulatinamente, fue concentrando el poder político a las decisiones casi irrefutables de los “honorables” comités centrales. Y, en cuarto lugar, el obrerismo que prevaleció en las interpretaciones y las formas de organizaciones de los partidos izquierdistas, imposibilitó la inclusión de sectores de la población no necesariamente pertenecientes al proletariado:

El sectarismo partidista, la exclusión de los homosexuales, la lucha de los movimientos ambientalistas contra el ecocidio de la civilización industrial, la marginación de los grupos aborígenes y la lucha por los plenos derechos de la mujer [...] los cristianos y su adhesión a la teología de la liberación, son nuevos problemas de la sociedad actual que deben incluirse en la agenda del proyecto socialista del nuevo siglo. (Galíndez, 2007, p. 28)

Wim Dierckxsens (2007), sin negar la relevancia de la incorporación de estos sectores sociales, también recurre a un análisis global sobre la temática del Socialismo del Siglo XXI, hace hincapié sobre la proyección de movimientos sociales que defienden más directamente la vida. Ejemplo de esta perspectiva de emancipación es la tendencia anticapitalista que han adoptado varias organizaciones sociales adscritas a la *Vía Campesina*, como el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST), cuyos ejes de lucha se fundan sobre lógicas reproductivas y no, como prevalece en el capitalismo neoliberal, en lógicas que favorecen el ecocidio y la extracción irresponsable de los recursos naturales. La autogestión —entendida como el derecho a definir las propias políticas agrarias y alimentarias—, la agricultura orgánica —sustentable y solidaria—, el acceso irrestricto a recursos colectivos —tierra, agua y semillas—, los pocos insumos y la apuesta por conocimientos intangibles tradicionales —indígenas— y la soberanía alimentaria, son los principios generales de este nuevo paradigma del movimiento campesino.

Sin embargo, para llevar a cabo estas políticas anticapitalistas, Dierckxsens apunta hacia un difícil aunque necesario proceso de desconexión en perspectiva internacional. Esto implica que la lucha social que



protagonizan los movimientos campesinos, ecologistas, indígenas, de trabajadores urbanos y de diversidad sexual, debe dirigirse hacia la desconexión del proceso de globalización para recuperar su soberanía económica, política y cultural. Es decir, se trata de fraccionar el mercado transnacional, de tal modo que la región latinoamericana deje de prestarse como simple continente proveedor de materia prima y “mano de obra” barata y explotada.

El contexto resulta favorable, a ojos de este autor, puesto desde la relativa derrota de la primera conferencia de la OMC, en 1999 –en la que se pretendió decretar la repartición del mundo en manos de una cuantas estratégicas transnacionales– y el fracaso por implementar el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), han surgido una serie de bloques de integración regional que apuestan, en una u otra medida, por la autogestión de sus políticas económicas, a su autoabastecimiento mediante criterios solidarios y, en fin, a la desvinculación de las principales redes comerciales que el imperialismo del capital financiero anhela imponer a perpetuidad.

Hasta este punto cabe preguntarse si una doctrina política económica socialista del siglo XXI, concebida desde Nuestra América, está en la

posibilidad de guiar el proceso de desconexión necesario para superar las redes mercantiles del imperialismo financiero cuya hegemonía es, como he manifestado, histórica.

Al respecto, comparto la posición de Dierckxsens (2008) en cuanto a la ventaja con que cuenta América Latina al poseer abundantes recursos naturales como para asegurar una autonomía suficiente para desprenderse de la división internacional del trabajo, claro está, desde una perspectiva de organización socialista. Existen dichas potencialidades, las cuales, no obstante, de nada podrían resultar útiles sin el funcionamiento de mecanismos de integración entre los países afectados por la dependencia histórica.

Esto quiere decir que no basta con que la región disponga de materias primas y, de hecho, la mera disposición no es el problema central. Más bien, lo verdaderamente relevante es si los gobiernos de las naciones que conforman Nuestra América están dispuestos a compartir, a solidarizarse mediante acuerdos de cooperación que busquen la complementariedad de sus potencialidades materiales.

El dilema se torna aún más complicado, sobre todo para aquellos países cuyos gobiernos, desde la década de los años ochenta, han impuesto, por directrices del FMI,



proyectos de privatización de tierras, bosques, minas y demás utilidades materiales. Por lo tanto, antes de elaborar mecanismos de integración cuyo eje de funcionamiento gire en torno a la complementariedad de las potencialidades, se requiere de gobernantes que, electos mediante votaciones democráticas y legítimas, se atrean a implementar programas intensos de renacionalización.

A su vez, esta desconexión es un requisito indispensable para emprender una posible transición hacia un socialismo latinoamericano propuesto en la actual centuria. Sin embargo, otra de las dificultades que surgen para este objetivo radica en si dicha transición puede realizarse solamente en uno o varios países o, por el contrario, si es imperativo que toda América Latina conforme un bloque de países dispuestos a emprender el proyecto de emancipación.

Pienso en el ejemplo de Cuba y las disyuntivas que el pueblo cubano ha tenido que enfrentar como vanguardia de una revolución socialista que, ciertamente, durante varias décadas, se ha llevado a cabo en la soledad de una región plagada de dictaduras y gobiernos entreguistas. Pese a constituir una experiencia que surgió durante el siglo XX, Cuba aun debe enfrentarse

a un bloqueo económico impuesto por los EE. UU. y a duras penas ha resistido las pruebas aunque, a su vez, ha desarrollado la condición de sobrevivir con poca o casi nula disponibilidad de recursos naturales tales como el petróleo.

En otras palabras, lo que advierto es que los recientes gobiernos de izquierda que luchan por consolidarse en esta región —el venezolano, el ecuatoriano, el boliviano e, incluso, los progresistas aunque para nada radicales gobiernos de Uruguay, Brasil, Argentina o Chile— deberían evitar a toda costa repetir el aislamiento que sufrió la revolución cubana y más bien han de enfocarse en la búsqueda de una desconexión y transición —si es que así se lo proponen— común hacia el socialismo.

Afortunadamente, creo que existen indicios o, por lo menos, ciertas intenciones de procurar una separación compartida del mercado globalizado. El primer caso es representado por el peso político que la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) ha jugado desde su fundación en diciembre de 2004, por iniciativa de Hugo Chávez y Fidel Castro y, el segundo, la conformación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), en 1991.



Para la ALBA, no se trata de optar por una imprudente autarquía económica, sino a la prevención del aislamiento económico mediante acuerdos de cooperación que trasciendan el simple intercambio comercial y procuren la construcción mutua de la soberanía de los países. Esto es un proyecto endógeno, pensado y edificado desde la misma América Latina, en la cual los gobiernos de izquierda que podrían identificarse como adscritos al Socialismo del Siglo XXI han adoptado medidas de reencuentro entre pueblos que son más que vecinos, protagonistas de un pasado colonial y de represión semejantes: “la complementación, la cooperación, la solidaridad y el respeto de la soberanía de los países” (Dierckxsens, 2007, p. 34), son los ejes de funcionamiento que menciona.

Por otra parte, el MERCOSUR, según este autor, aunque se opone al proyecto neoliberal del ALCA, su política se inscribe más en principio de competitividad y, por ende, no encarna una agenda propiamente izquierdista: “es un intento de algunos países, dirigidos por Brasil, de aprovechar los márgenes relativos que les deja la crisis de hegemonía estadounidense”. (Dierckxsens, 2007, p. 33)

Tanto la ALBA como el MERCOSUR, pugnan por convertirse en los mecanismos de integración económica que consigan desconectarse de los

circuitos comerciales de la globalización. He allí a dificultad de este proceso: la transición de la desconexión hacia un eventual postcapitalismo socialista. Resulta dificultoso porque mientras algunos gobiernos optan más por la práctica de políticas neodesarrollistas que siguen favoreciendo a los industriales e, incluso, tampoco perjudican de todo a los neoliberales, otros, los socialistas, se enmarcan – sea o no en el discurso– en opciones más radicales como la redistribución equitativa de la riqueza y la desconexión, inclusive, de la modernidad. Es el caso boliviano del Movimiento al Socialismo (MAS), cuyos fundamentos se orientan a criterios no occidentales, sino indígenas. Por lo tanto, la posición de Dierckxsens es que se debe “contraponer la ALBA al ALCA, e incluso al MERCOSUR”. (Dierckxsens, 2007, p. 36)

En efecto, es cierto que mientras la ALBA constituye un mecanismo de integración que se caracteriza por un evidente contenido político, el MERCOSUR funciona más como plataforma de intercambio comercial a nivel regional. En el primer caso, las instituciones creadas no siguen meros intereses mercantiles como la Unión Europea o el G-20, puesto sus fundamentos persiguen una noción de integración que, según sus proponentes, es heredada del



pensamiento de Simón Bolívar respecto a la Patria Grande y de José Martí, sobre Nuestra América.

En síntesis, los principales postulados –disponibles en su portal web– de la ALBA son los siguientes:

- a) la integración neoliberal prioriza la liberalización del comercio y las inversiones y, por tanto, es inhumana;
- b) es una propuesta que centra su atención en la lucha contra la pobreza y la exclusión social;
- c) se le otorga una importancia crucial a los derechos humanos y a la defensa de la naturaleza y a la integración física;
- d) la lucha contra las políticas proteccionistas y los subsidios de los países industrializados no pueden ser una excusa para negar, en los países latinoamericanos, el derecho de proteger a sus campesinos y sus productores agrícolas;
- e) para los países donde la actividad agrícola es fundamental, las condiciones de vida de millones de campesinos e indígenas se verían irreversiblemente afectados si ocurre una inundación de bienes agrícolas importados;
- f) la producción agrícola es mucho más que la producción de una

mercancía. Es la base para preservar opciones culturales, es una forma de ocupación del territorio, define modalidades de relación con la naturaleza, tiene que ver directamente con la seguridad y autosuficiencia alimentaria. En estos países la agricultura es, más bien, un modo de vida y no puede ser tratado como cualquier otra actividad económica y;

- g) profundizar la integración latinoamericana requiere de una agenda económica definida por los Estados soberanos, fuera de toda influencia nefasta de los organismos internacionales.

Por otro lado, en cuanto a otros dilemas, Carlos Moreira (2007) recurre al cuestionamiento de si los gobiernos de izquierda comparten políticas socioeconómicas o, en otras palabras, son políticamente homogéneos. El autor parte de la aceptación de que los países encabezados por las presidencias de Néstor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa, Hugo Chávez y, eventualmente, Daniel Ortega, se adscriben a una *nueva izquierda*, no obstante, difusa, incierta y hasta heterodoxa, al procurar ciertos espacios de participación –aunque sea en el discurso– de grupos, clases sociales o etnias excluidas por el socialismo real indígenas,



sectores medios, excluidos urbanos, ambientalistas, feministas, etc.—.

Las disyuntivas que enfatiza se sustentan en el debate acerca lo que entiende como *populismo*: la democracia participativa, la reducción de la pobreza —o desigualdad social— y el papel del Estado y el mercado.

Según Moreira, dichos gobiernos, lejos de asemejarse, se diferencian porque mientras algunos comulgan con un izquierda racional y gradualista —en este caso, menciona a Chile, Brasil y Uruguay—, otros se adscriben a una vanguardia más *populista* y *rupturista* —Venezuela, Bolivia y Ecuador— mientras Nicaragua constituye una incógnita por develar. Por otra parte, aclara que todos estos gobernantes comparten la garantía de una democracia minimalista —voto secreto, sufragio universal, elecciones regulares, competencia partidaria, etc.

Sin embargo, en ninguno de los países mencionados, se ha conseguido trascender la democracia representativa y, más bien, al igual que sus predecesores conservadores, los nuevos líderes han podido mantener bajo su control las relaciones con el Congreso, la oposición y los gobiernos locales. Respecto a la política social, manifiesta que a pesar de los esfuerzos de la nueva izquierda por impulsar programas de

alfabetización, capacitación técnica, subsidios para los alimentos de primera necesidad, atención médica diversificada y asignaciones monetarias y que en su mayoría no significaron una ruptura o una novedad, sino una continuidad de las políticas focalizadas de la fase tardía del neoliberalismo.

En este marco, es posible reconocer el impulso de las funciones estatales, pero también advierte que el auge de las políticas estatales —en el caso venezolano, boliviano y ecuatoriano—, bajo la pretensión de vencer al neoliberalismo, se están configurando en agendas neo-desarrollistas que apuntan hacia un retorno del modelo cepalino y no necesariamente al Socialismo del Siglo XXI.

Un enfoque que refleja una preocupación más expresa que los argumentos del artículo antes comentado, en cuanto al caso venezolano, se deja entrever de manera explícita en la relación que Antonio Casella (2010) establece entre Socialismo del Siglo XXI y los principios federalistas y descentralizadores del poder político.

El argumento central gira en torno a la contradicción de la práctica política con los principios constitucionales consagrados en la Carta Magna aprobada mediante el referéndum de 1999. Específicamente, en el Artículo



4 se establece que la República Bolivariana de Venezuela es un Estado Federal descentralizado, sin embargo, el proceso socioeconómico y cultural que fue liderado por el ex presidente Chávez, lejos de procurar una redistribución equitativa del poder político, ha tendido a concentrarlo en el poder ejecutivo.

La polémica que entrevé Casella empieza a partir de 2005, cuando el fallecido líder decidió proclamar, durante el V Foro Social Mundial –celebrado en Porto Alegre, Brasil, del 26 al 31 de enero del año 2005–, que no existía otra salida del neoliberalismo que un proyecto anticapitalista, esto es, socialista. Ahora bien, pese a la derrota del oficialismo en el referéndum de 2007, con el fin de incorporar, en teoría, las reformas constitucionales necesarias para encaminar a Venezuela hacia ese horizonte izquierdista en el presente siglo, se critica que el gobierno bolivariano se ha valido de otros mecanismos legales –ante todo, unilaterales– para conseguirlo.

Los ejemplos de este aparente dilema entre *praxis* política y leyes constitucionales, se refieren al carácter dependiente del llamado *poder popular* con la Presidencia la República y los principios contrarios a la descentralización. Se afirma en

el estudio que dicho poder popular, encarnado en el actual Ministerio para las Comunas, se encuentra cooptado por el poder nacional –esto es, el ejecutivo–, de tal modo que estas instancias de organización local son “creadas, ordenadas y gestionadas” por esta última autoridad.

Según la *Ley Orgánica de Consejos Comunales* (CC), aprobada en 2009, estas organizaciones sociales se caracterizan por su composición y organización autónoma frente a los organismos gubernamentales municipales, regionales y nacionales. No obstante, “los CC *no son autónomos* [sic], dependen directamente del Presidente de la República. La ley los coloca en el piso más bajo de una serie de instancias dispuestas jerárquicamente” (Casella, 2010, p. 251). Esta dependencia se comprueba con los abundantes recursos económicos que reciben por parte del Estado y sobre todo porque de acuerdo con los artículos 30, 31 y 32 de la legislación de comunas:

En el nivel superior, el Presidente de la República, en segundo lugar, la Comisión Nacional Presidencial del Poder Popular cuyos miembros son nombrados por el propio Presidente de la República; en tercer lugar, ésta Comisión designa una Comisión Regional Presidencial de Poder Popular por estado, en cuarto lugar, designa



también una Comisión Local Presidencial del Poder Popular en cada municipio y, en último lugar, subordinados a todos los anteriores, los CC. (Casella, 2010, p. 251)

Por lo tanto, para este estudio, el Socialismo del Siglo XXI podría representar un riesgo si, como evidencian las legislaciones mencionadas, se tiende a reproducir el centralismo democrático de antaño y no necesariamente se prioriza un nuevo principio de horizontalidad en la estructura organizativa de las comunas y movimientos sociales.

Una opinión parecida le merece a Edgar Lander (2007), quien sugiere que “no se puede comenzar por asumir que esa fue la experiencia del siglo pasado y que en las condiciones históricas del nuevo siglo será posible la construcción de una experiencia nueva que no lleve consigo la pesada carga de ese pasado” (Lander, 2007, p. 31). De ser así, mantiene que la negación de la diversidad étnica y cultural, el ostracismo del “proletariado” de pretensiones homogeneizadoras podría repetir la experiencia soviética que tendió a discriminar hasta el exterminio a sectores heterodoxos como los homosexuales, sobre todo durante el período estalinista.

Por otra parte, obviar la carga del pasado equivaldría a reproducir y/o a profundizar la destrucción

de la naturaleza, al anteponer los patrones de conocimiento y de guerra tecnológica y productiva sobre el derecho a la vida, tan característico del capitalismo que tanto se critica.

En suma, se requeriría de una muy profunda reflexión crítica sobre las complicaciones del socialismo durante el siglo XX. Esto es, poner en tela de juicio el eurocentrismo encarnado en el marxismo-leninismo, el derecho de las poblaciones a preservar sus peculiaridades culturales, sus identidades, sus modos de pensar y concebir la existencia humana y la producción y, en general, el asumir una posición firme frente a la discriminación de los saberes alternativos que el modelo científico-tecnológico y patriarcal impone, en nombre del metarrelato del progreso, tan hegemónico en la modernidad.

Desde una percepción que se sustenta en el análisis sobre la filosofía política del Socialismo del Siglo XXI, en contraposición a la experiencia la centuria anterior, Juan Carlos Monedero –profesor titular de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid– declara que “el error del materialismo histórico es que terminó siendo un idealismo ahistórico que dio por hecho un futuro que aún no había pasado”. (2008, pp. 72-73). Esta aseveración



la ejemplifica al recordar los grandes rasgos del socialismo durante el siglo XX que, en sus palabras, se basaron en la eficiencia, el heroísmo, la atrocidad y la ingenuidad. Eficiencia, porque las grandes revoluciones, como la rusa de 1917 liderada por Lenin, o la China de mediados de dicho siglo, comandada por Mao Tse Tung, consiguieron incorporar a sus países a la modernidad, esto es, la producción moderna más allá del sistema feudal. Atroz, porque, como es conocido, el socialismo realmente existente se encargó en muchas ocasiones de crear enemigos del proletariado y eliminar a los disidentes. Heroica, porque tampoco pueden negarse a los aproximadamente 20 millones de soviéticos que sacrificaron sus vidas para vencer al fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, sobre todo, un socialismo ingenuo, porque en los cien años anteriores al 2000 se hizo del marxismo y el leninismo un idílico manual para cambiar la historia concebida como sucesión de etapas o modos de producción.

Dicha ingenuidad de anteponer a la teoría marxista un papel casi que de oráculo, al tornarla en mero dogma acrítico, conllevó, según Monedero, a la práctica de por lo menos cinco identificables razones del colapso del socialismo real.

En un primer plano, fue un error creer que con la sola conquista del poder estatal, podía cambiarse, casi que automáticamente, el régimen social existente. Para este caso, el autor se atreve a afirmar que incluso el mismo Marx pensaba que, “derribado el capitalismo vendría un reino de armonía, que no se detuvo a desarrollar ni una teoría de la transición”. (Monedero, 2008, p. 102). Unido al papel del Estado, la segunda imprecisión la adjudica al ya comentado centralismo democrático, cuya lógica jerárquica para regular a la sociedad, terminó anulando la diversidad de movimientos sociales y las posibilidades de otras formas de organización no necesariamente tan verticales.

En tercer lugar, pretender que con la sola nacionalización de los medios de producción el Estado podía satisfacer las necesidades sociales más eficazmente, fue una *praxis* que desconoció que la nacionalización no implica una socialización efectiva. También, creer que los éxitos de las políticas soviéticas podían copiarse o trasladarse a América Latina, con trayectorias diferentes, historias diferentes, cosmovisiones diferentes, fue una equivocación de la que —como comenta este académico—, ya Mariátegui había advertido en sus ensayos sobre la interpretación de la realidad peruana.



En cuarto lugar, tan determinante como las anteriores razones, fue propia tanto del capitalismo como del socialismo en el siglo XX, la obsesión por el falso crecimiento ininterrumpido para la consecución de la abundancia asegurada. Pienso que la consecuencia, ahora más visible, es la depredación de la naturaleza mediante la lógica positivista que la considera como un recurso, o la neoclásica, como factor de producción, o la moderna, como humano que no es animal, esto es, existente fuera de la Naturaleza.

Heinz Dieterich Steffan (2005) comparte, en lo fundamental, las críticas que Monedero hace al “socialismo real”, pero su análisis resulta más estructural. Una vez utilizado el concepto Socialismo del Siglo XXI durante la década de 1990, Dieterich enfatiza en los siguientes puntos:

a) el agotamiento estructural de lo que denomina instituciones burguesas, estas son: la economía nacional de mercado, la democracia representativa o formal, el Estado clasista y el “sujeto burgués”;

b) otro capítulo en donde afirma que el “reino de la libertad se hace posible”, puesto el conocimiento científico sobre el ser humano mediante la teoría de los sistemas

dinámicos complejos humanos (SDCH) permite identificar los potenciales y límites de la evolución de las organizaciones sociales;

c) el proyecto histórico de Marx –la democracia participativa o socialismo del siglo XIX– y su estancamiento teóricos respecto a otros paradigmas de las ciencias naturales que sí consiguieron desarrollarse con más éxito;

d) el nuevo proyecto histórico –democracia participativa o Socialismo del Siglo XXI–, basado en la *economía planificada de equivalencias*, la democracia directa, el “sujeto racional-ético-estético” y la institucionalidad participativa;

e) la fase de transición al nuevo socialismo, como proceso necesario en cual se deberá afrontar al sistema global de dominación mediante la instauración de otro sistema global de emancipación y la revalorización efectiva del trabajo y;

f) el programa de transición específica latinoamericana hacia el nuevo socialismo, con las especificaciones que para cada país o región atañe. En palabras de Dieterich:

Para transformar la sociedad hay tres caminos posibles: a) manipular genéticamente al ser humano; b) tratar de crear al “hombre nuevo” y, c) cambiar las instituciones que



guían su acción. El inciso ‘a’ es el sueño del capitalismo totalitario [...] La opción ‘b’ ha sido aplicada por todas las religiones del mundo, seculares y metafísicas, con resultados desastrosos. Los elegidos, los iluminados, los talibanes, santos y comisarios políticos, guiados por sus respectivos credos, sólo han producido infiernos para los demás. Por eso, el Nuevo Proyecto Histórico [esto es, el Socialismo del Siglo XXI, así, con mayúscula] opta por el cambio de las instituciones, pero no en una perspectiva utópica, sino dentro de sus posibilidades objetivas. (Dieterich, 2005, p. 49)

En ese nuevo proyecto histórico, el ser humano debe cultivarse mediante el trabajo, el ethos y el saber. Es decir, si los proyectos de emancipación pretenden edificarse sobre objetivos globales, el *nuevo mundo* ya no podrá seguir condicionado por las mitologías de santos o héroes, sino de sujetos que, conscientemente, aceptan sus limitaciones, sus conocimientos fragmentarios, su condición mortal.

Entonces, a partir de esta aceptación y una vez abolidas las instituciones hegemónicas del capitalismo, del sistema burgués, será viable que el nuevo sujeto revolucionario se esfuerce por desarrollar en plenitud sus capacidades racionales —en la ciencia—, sus principios morales —en

la ética— y la estética —en el arte—. Estas son, pues, las condiciones necesarias que Dieterich propone para trascender la división entre trabajo manual e intelectual, la explotación de la plusvalía absoluta, la discriminación racial, por sexo o etnia y, finalmente, el fin de egoísmo.

Respecto a los anteriores planteamientos, habría que cuestionarse si ese *sujeto revolucionario* —científico u objetivo, ético y artístico— conlleva también a la concreción de aquel hombre nuevo del que tanto debatió Ernesto Che Guevara (1977).

¿Será acaso que el Socialismo del Siglo XXI estará en la capacidad de constituir una doctrina que funcione como un tipo de catarsis que purifique al ser humano de los sesgos capitalistas? Para el Che, “el hombre [sic] es, en algunos aspectos, un animal fisiológico como todos, pero en otros supera este límite y está en condiciones de dominar propios instintos”. (Guevara, 1977, p. 57). Comparto esta percepción acerca la condición humana de poder conocerse, aunque fragmentariamente, y así idear planes, objetivos, visiones y, en fin, formas de sociedad alternativas que son posibles de construir si este se lo propone. Es decir, el humano puede constituir un sujeto revolucionario, pero ello no será posible hasta que este sea consciente



de su condición reaccionaria, de su enajenación respecto al proceso productivo capitalista, aquel que le quita horas de ocio, de creatividad, de recreo y que, a final de cuentas, lo individualiza al concentrarlo en conseguir algún salario, fin o medio con el que substituir sin consideración de los agravamientos económicos cotidianos de sus semejantes.

El humano es el creador, el inventor de la Historia y, como tal, también puede moldearla a su gusto; no obstante, el conocimiento del humano para modificar su realidad es fragmentario y es por ello que es común que las instituciones, históricamente constituidas, condicionen y hasta determinen—con o sin consentimiento—el accionar de las sociedades.

Consideraciones finales

Estas no son mis conclusiones, sino algunas consideraciones finales puesto que la temática tratada es compleja y está abierta al debate y a la crítica. Las distintas corrientes de pensamiento, pese a su diversidad de enfoques, muestran una tendencia a la discusión explícita sobre qué es el Socialismo del Siglo XXI.

El común denominador consiste en reconocer, en primera instancia, el fracaso del socialismo realmente existente del siglo XX, el detalle de

sus deficiencias y, en alguna medida, de sus virtudes para, en segundo lugar, recaer en la advertencia de que la nueva izquierda no debe considerarse tal, en el estricto sentido temporal del término, sino en una clara diferenciación respecto a la experiencia histórica.

Para futuras indagaciones sería pertinente abordar esta temática mediante la siguiente incógnita: ¿cuáles son las temáticas que se han problematizado en los recientes debates sobre la significación teórica y práctica del socialismo en el siglo XXI? Propongo que una posible respuesta debe enfatizar en los siguientes puntos: la función del Estado y el mercado, el papel de las clases y los movimientos sociales, el centralismo democrático y la democracia participativa, el papel de los partidos políticos, la inclusión de grupos sociales no clasistas —indígenas, homosexuales, ambientalistas, etc.—, la racionalidad hegemónica científica, la política ambiental —o ecológica— y la política económica.

No se trata, exclusivamente, de que el socialismo se edifique *en*, sino que sea *del* siglo XXI: he allí la diferencia. Pueden existir intentos por construir alternativas socialistas en este siglo, pero estas podrían errar si reproducen



acriticamente los idearios, los postulados, las políticas y la teoría de las anteriores experiencias, por lo tanto, se corre el riesgo de que, pese a ser construido en el siglo XXI, en lo fundamental, seguiría siendo una doctrina del siglo XX y, peor aún, importada desde Occidente.

¡Del siglo XXI y desde América Latina, este es el meollo del asunto! Esta contracción gramatical, *del*, que señala un posesivo —es decir, *pertenciente al siglo XXI*—, paulatinamente, debe convertirse en un epíteto —esto es, como doctrina política económica, más que determinar o especificar, debe caracterizar Nuestra América. Su principal fundamento será el considerar los horizontes emancipatorios que algunos autores ya han comenzado a discutir.

De este modo, el Socialismo del Siglo XXI debe enfrentar al proceso de globalización mediante la consideración de nuevas y viejas reivindicaciones que la historia latinoamericana demanda que se resuelvan lo más pronto posible.

En primer lugar, la reforma agraria constituye un reclamo acentuado a partir de la instauración del modelo neoliberal. Considero que el campesinado latinoamericano y, en especial, las poblaciones indígenas sufren el flagelo de no ser las propietarias de las que deberían ser sus

tierras. Por lo tanto, de acuerdo con los enunciados de la Vía Campesina, es ineludible que los gobiernos de izquierda asuman la responsabilidad de acatar el reclamo de prohibir el latifundio y, si es necesario, emprender campañas de expropiación y redistribución de la tierra.

Cada país, con sus propias legislaciones, debería asumir esta postura, pero con la clara advertencia de que no basta con que los campesinos sean dueños de sus propiedades, sino que es vital la elaboración de leyes que dicten, de manera explícita, el fomento y la protección de prácticas agrícolas, alimentarias y de organización comunal autóctonas. En otras palabras, la reforma agraria integral tiene que trascender hacia una noción de respeto por las formas de organización indígenas como reconocimiento sus particularidades culturales, para así protegerlas de la depredación de un mercado mundial que exige eficiencia y despilfarro en la producción.

En segundo lugar, como analizan Franz J. Hinkelammert y Henry Mora (2003), el Socialismo del Siglo XXI erigido desde América Latina debe deslindarse de una lógica económica que prioriza una razón instrumental y descuida por completo la razón reproductiva. En sistema capitalista neoliberal y globalizado, con el afán de acumular capital de manera indefinida, la producción se intensifica



a magnitudes tales que los considerados factores o recursos naturales son carcomidos sin medir las consecuencias de que, en verdad, estos son finitos, limitados y requieren de ciclos bióticos y geológicos para su recuperación. Se requiere, por ende, de una economía que funcione y sea consciente de la vulnerabilidad de los procesos de la naturaleza, de la que formamos parte y que, como es evidente, nos hemos pretendido diferenciar.

Pienso que puede ejemplificarse de una manera simple: en el capitalismo no somos animales o lo queremos obviar, pero formamos parte de una cadena alimenticia y un sistema ecológico que debemos respetar y nunca manejar a nuestro antojo, so pretexto de satisfacer necesidades.

Un socialismo latinoamericano debería, pues, en consideración a sus potencialidades, recordarnos que somos parte de la biosfera, de que somos seres necesitados y animales y que nuestras acciones sobre la naturaleza, por mínimas que sean, tienen sus consecuencias. El problema consiste en que el actual rumbo de la política económica bolivariana impulsada en Venezuela, en la cual aun prevalece el modelo rentista petrolero, altamente contaminante y continuador de los ritmos productivos practicados desde el siglo XX, es algo que debe reconsiderarse en este modelo del siglo XXI.

En tercer lugar, es fundamental repensar cuál será el papel del Estado y la democracia en medio de comunidades tan diversas y, a veces, antagónicas. No es posible enfocar la organización de las instituciones estatales mediante los argumentos de que el centralismo democrático dictó a los partidos y movimientos sociales del siglo anterior. Y es aquí donde surge el problema de la identidad nacional.

Se puede estar de acuerdo con que el Estado sea el principal regulador la economía, de tal forma que ejecute las directrices pertinentes para controlar las fuerzas del mercado. Pero aún no se ha profundizado lo suficiente sobre el deber de trascender la lógica de Estado-nación, con el objetivo de reconocer la condición no nacional de las comunidades indígenas o afrodescendientes que habitan Nuestra América.

El Estado, en el Socialismo del Siglo XXI, no debe imponer criterios nacionalistas sobre la diversidad de cosmovisiones y formas de organización comunal de los pueblos, ello sería totalmente antidemocrático. De todas formas, el aparato estatal tampoco podría obligar a estas comunidades a formar parte del país-nación, ya que en sus construcciones culturales son diferentes a las nociones de ley, elecciones e, incluso, democracia o socialismo. En este



sentido, pienso que el problema de la función estatal en un socialismo latinoamericano del siglo XXI, no se halla solamente en cuestiones de política económica, sino, también, en la política cultural.

Ahora bien, existen experiencias concretas que a primera vista parecen haber condicionado, cuando no solucionado la complicada la relación entre el Estado y las diversidades étnicas. Los Estados plurinacionales, en el caso boliviano o el ecuatoriano, representan los ejemplos más sobresalientes, ante todo, porque en estos se ha procurado, hasta cierto punto, la congregación de los variados pueblos autóctonos que habitan los países en el seno de congresos o asambleas nacionales –nótese cómo aun pesa el uso del término nacional– para dar a conocer sus inquietudes ante la oficialidad de estas instituciones, así como el delineamiento de autonomías territoriales y autogestión colectiva de sus bienes.

En este ensayo solo expuse algunos los argumentos de algunos autores que se han preocupado por analizar problemáticas pertinentes, ante todo, para Nuestra América, e intentado un diálogo con ellos. Asimismo, posibilidad que ha sido mi deseo dejar entrever es que aún resulta insuficiente la reflexión

y construcción sobre las posibles bases teóricas –filosóficas, históricas, económicas, sociológicas, políticas e incluso teológicas– que deben sustentar un eventual proyecto de emancipación que reclame como su adjetivo el siglo XXI, más allá del discurso. Para complejizar más la situación, tampoco parecen existir consensos respecto a la significación de si tan solo se trata de una categoría de análisis –un simple concepto– para referirse, pero no para diferenciar a la izquierda del siglo XXI respecto a la del XX.

Sin embargo, es factible indicar que estas complicaciones a nivel teórico no resultan de todo perjudiciales para los nuevos movimientos sociales surgidos en la actualidad. La Vía Campesina, los indígenas, los movimientos de diversidad sexual, los desempleados, los estudiantes, etc., tampoco sienten la necesidad de esperar a los teóricos, puesto que ellos podrían construir su propia teoría de liberación en la práctica de sus luchas cotidianas y, en definitiva, un nuevo socialismo, si es que merece ser nuevo, deberá saber incorporar en sus agendas, las demandas de sectores no clasistas que, incluso, ponen en tela de juicio los metarrelatos de la modernidad –entre estos, incluido el mismo socialismo en sus connotación más clásica u ortodoxa–.



Referencias bibliográficas

- Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). *Construyendo la Patria Grande*. Disponible en: <http://www.portaalba.org/>.
- Casella, A. (2010). "Socialismo del Siglo XXI y descentralización". *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, Año XX, No. 58, mayo-agosto 2010, pp. 237-260.
- Castro, F. (1972). *Socialismo y comunismo. Un proceso único*. México, D. F.: Editorial Diógenes.
- Guevara, E. (1977). La formación del Hombre Nuevo, en: *El Socialismo y el Hombre Nuevo*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, pp. 3-94.
- Díaz Lacayo, A. (2007). El Socialismo del Siglo XXI. Lectura estructural de la coyuntura. *Política Exterior y Soberanía*, Año II, N.º 3, julio-septiembre 2007, pp. 11-22.
- Dierckxsens, W. (2007). Cuando los pueblos toman el destino en sus manos: América Latina y el Caribe y el camino al Socialismo del Siglo XXI. *Pasos*, N.º 132, julio-agosto 2007, pp. 29-43.
- Dierckxsens, W. (2008). *La crisis mundial del siglo XXI. Oportunidad de transición al postcapitalismo*. Bogotá: Editorial Desde Abajo.
- Dieterich Steffan, H. (2005). *El Socialismo del Siglo XXI*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura (FICA).
- Galindez, O. (2007). Del capitalismo al Socialismo del Siglo XXI. El caso venezolano. *Política Exterior y Soberanía*, Año II, No.3, julio-septiembre 2007, pp. 23-32.
- Hinkelammert, F.; Mora Jiménez, H. (2003). Por una economía orientada hacia la vida. *Economía y Sociedad*, No. 22-23, mayo-diciembre 2003, pp. 5-29.
- Lander, E. (2007). El partido único y el debate sobre el Socialismo del Siglo XXI. *Tareas. Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena*, No. 126, 2007, pp. 31-38.
- Monedero, J. (2008). Hacia una filosofía política del socialismo el siglo XXI. Notas sobre el caso venezolano. *Cuadernos del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES)*, Año, XXV, No. 68, mayo-agosto, 2008, pp. 71-106.
- Moreira, C. (2007). "Los dilemas de la nueva izquierda gobernante en América Latina". *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, Año XX, No. 54, mayo-agosto 2007, pp. 37-50.
- Petras, J. (2001). La globalización: un análisis crítico, en: *Globalización, imperialismo y clase social*. John Saxe-Fernández; Henry Veltmeyer y Omar Núñez (eds.). Buenos Aires: Lumen Humanitas, pp. 33-85.
- República Bolivariana de Venezuela, *Ley Orgánica de Consejos Comunales*. Dada, firmada y sellada en el Palacio Federal Legislativo, sede de la Asamblea Nacional, en Caracas, 26 de noviembre de 2009. Disponible en: <http://uftpria.edu.ve/documentos/LOCC.pdf>.

